

políticos en ejércitos enemigos; y tenemos hoy el horrendo espectáculo de los dos candidatos de ayer, Calles y de la Huerta, al frente cada uno de un ejército para decidir por las armas la cuestión de la posesión del poder.

Las responsabilidades de esta guerra serán establecidas a su tiempo. No es éste por ahora nuestro objeto. Carecemos del conocimiento de los hechos y del aliento y la voluntad para formular anatemas en un conflicto que consideramos como un supremo infortunio para un pueblo que tenemos, como a todos los pueblos latinoamericanos, en el corazón, y cuyo efecto de consiguiente en nuestro espíritu es de dolor y de aflicción.

Diremos sin embargo que a nuestro juicio esta guerra es un crimen, porque Méjico no tiene nada que ganar en ella, porque pone en peligro la existencia nacional, porque interrumpe y retarda indefinidamente el laborioso y difícil y costoso proceso de reconstrucción y recuperación del país comenzado bajo la actual administración después de diez años de turbulencia y de desorden; porque destruye el crédito reconquistado en los últimos tres años de paz, de reorganización, de cabal cumplimiento de las obligaciones internacionales; porque agrava la actual crisis del Tesoro; porque acumula nuevas cargas sobre el ya abrumado pueblo mexicano, nuevas reclamaciones, nuevas deudas; porque revive la barbarie; porque da nueva oportunidad al bandolerismo y al militarismo; porque es un golpe mortal para el prestigio y el concepto de Méjico en el extranjero; porque debilita profundamente a Méjico y lo arruina; porque, en fin, es en todo sentido destructiva y funesta en el más alto grado.

Atormentado por las pasiones, el tumulto, el extravío general de la hora, el señor de la Huerta, no sabe lo que ha hecho. Su acción es demasiado grave para ser tomada con la ligereza y la irreflexión con que él ha procedido. ¿Cuál era su queja? ¿La coacción oficial contra su candidatura? Concediendo que fuera cierta, concediendo como un hecho averiguado la parcialidad oficial en contra suya, dado el hombre que es él, la guerra no era, no podía ser, su camino. En su lugar, nosotros habríamos preferido el camino del sacrificio al de la guerra. En aras de la patria habríamos ofrecido nuestro interés político, nuestra ambición; y nos habríamos retirado diciendo a la nación que en el dilema entre la guerra y el sacrificio, habíamos optado por el sacrificio. O habríamos justificado nuestra conducta y escudado nuestra responsabilidad, agotando nuestros esfuerzos en el empeño de un avenimiento en una can-

didatura de transacción. No aparece que se haya hecho nada en absoluto, ni en este sentido ni en ningún otro, para evitar la extrema calamidad de la guerra. Simplemente se recurrió a ella sin la menor vacilación y sin la menor pérdida de tiempo. Lo más asombroso de todo es la facilidad y la prisa con que estos hombres lanzan a su patria al abismo.

En las circunstancias especiales en que se encuentra México, el deber primordial del patriotismo es la conservación de la paz, lejos como está de una situación intolerable como la de Venezuela, por ejemplo. No hubo sufragio popular en los treinta años de la dictadura. Madero se lanzó a la guerra para reivindicar este derecho. Los años transcurridos desde entonces han sido de guerra, y si los cargos de los revolucionarios contra la actual administración son fundados, la actual revolución iniciada hace diez años y continuada hasta ahora no ha realizado su ideal de sufragio. ¿Qué garantías hay de que la nueva revolución lo realizará? La experiencia desde Madero parece demostrar que no es por la guerra como se alcanzará este progreso; y el consejo de la razón parece claro indicando que vale la pena de ensayar los resortes utilizables en el estado de paz.

A Madero lo devoró la traición. A Carranza lo devoró la revolución. Si la revolución lograra devorar a Obregón, ¿quién podrá impedir que la traición o la revolución devore mañana a de la Huerta? El tiene además en su contra su condición personal de hombre civil. El es el único hombre civil en la revolución hasta ahora. Todos los demás son candidatos y nombres militares. ¿Cómo podrá contenerlos? ¿Cómo podrá imponérselos? No es él quien va a librar las batallas de la campaña, son ellos. No es él quien va a triunfar, son ellos. ¿Cuál sería su papel después del triunfo? La presidencia provisional otra vez, probablemente, seguida de la presidencia constitucional del General Guevara, y otra guerra civil al final de su Gobierno por las mismas causas que la actual. Nuestro terror es la esterilidad de la guerra civil y la repetición de la historia.

Por supuesto que peores cosas pueden ocurrir. El porvenir es negro y la potencialidad de la situación en peligro es infinita. La guerra puede prolongarse. Los bandidos famosos y legendarios pueden reproducirse. Un nuevo Huerta puede brotar del caos como un tigre ebrio de sangre. El salto hacia atrás puede ser muy grande. Los tiempos de Villa, de Zapata, de Carranza, del militarismo desbordado, de la anarquía; los tiempos de Méjico sin gobierno; los tiempos de Veracruz,

de la expedición punitiva, de un ejército americano en la frontera, de maquinaciones en Washington para la invasión de Méjico, de amenaza perpetua de invasión, pueden volver, como consecuencia de la actual revolución. No hay nada más temible que la ruptura de los diques en Méjico. Los hombres de la actual revolución han desatado una tempestad cuyos estragos no pueden calcular y cuya furia no podrán dominar.

El Gobierno del Presidente Obregón no merecía concluir en una orgía de sangre como es una guerra civil. El y los hombres que lo han acompañado en las tareas y las responsabilidades de la administración, de la Huerta entre los primeros, han prestado a Méjico los más ilustres servicios. En todos los ramos del servicio público han trabajado con asiduidad, con eficacia y con admirables resultados. Ha sido un Gobierno constructivo y fecundo, un Gobierno de orden y de libertad, un Gobierno constantemente guiado por el deseo de hacer el bien, por la ambición de engrandecer a Méjico. No es posible negar que este Gobierno cambió por completo por su conducta y por sus obras la actitud de la opinión exterior hacia Méjico, inspirando en todos respeto por la nación mejicana y haciendo renacer en todos la fe en su porvenir. En ninguna parte era más potente este cambio que en los Estados Unidos, y especialmente en Washington.

No, un Gobierno así, un Gobierno que ha prestado tan eminentes servicios, emanado además de la voluntad nacional; un Gobierno Constitucional, que ha sido leal a las libertades constitucionales; que ha sido leal a su origen y a las promesas de la revolución; el mejor Gobierno de Méjico en medio siglo, no puede desaparecer en una sublevación militar sin la mayor deshonra y las más fatales consecuencias para Méjico.

¿Qué seguridad tiene el señor de la Huerta de triunfar? La suerte de la guerra es aleatoria. Su movimiento se diferencia del que derribó a Carranza en que no es un movimiento nacional, por más que su bandera sea la misma. Es un movimiento parcial y partidario, de un partido personal, nacido en las vísperas de las elecciones. Los otros partidos electorales no se le han unido y sostienen al Gobierno. Si su causa es el sufragio electoral, ¿cómo confía la suerte de este derecho al azar de las armas? Si lo derrotan, ¿qué será de este principio en cuya defensa él dice haberse alzado? Si triunfa, ¿qué garantías hay de que el principio salga vivo de los campamentos y de las batallas que van a producir una nueva recrudescencia del militarismo en Méjico? ¿Sabe él acaso lo que será